como se ha dicho ya, era la carrera que presentaba mas atractivos; y cuando iba á prestar un servicio eminente al pais que merecia señalada recompensa, su crédito era mucho mayor, y podia mas fácilmente estraviar el verdadero patriotismo. Iturbide quiso cortar de raiz este mal y rodear á su persona de todas las consideraciones, tomando en Iguala un título modesto, y dando una leccion á los gefes y oficiales que se alistasen en sus filas para que abandonaran todo sentimiento indigno de interes y provecho personal. Sin fausto, pues, ni ostentacion, no pretendió ser reconocido con otro nombre que el de primer gefe del ejército de las Tres garantías. Las naciones aprecian tanto estas acciones de desprendimiento, cuando tienen por objeto manifestar que, tratándose de su gloria y de su independencia deben olvidarse hasta los sacrificios mas heróicos, y no escitar el espíritu público con ninguna mira torcida, que se prestan desde luego al impulso que les da el hombre que así sabe respetarlas. Y en efecto, el entusiasmo que produjo la política profunda de Iturbide, al evitar de este modo las pretensiones de los militares que tomasen parte en la revolucion, fué inesplicable.

El primer gefe tenia ya de su parte á los que mas se habian distinguido ó por su constancia ó por sus virtudes en la campaña anterior. Guerrero conservaba en el Sur de México el último asilo de los insurgentes, y era el mas á propósito para cooperar en aquella parte del pais á generalizar el plan de que se le instruyó, y á remover cualquier embarazo que pudiera presentar la poca cultura de sus habitantes. La correspondencia entre Iturbide y Guerrero, y las conferencias que tuvieron despues fueron tan discretas y de una conveniencia tan perfecta, que se pudo notar desde luego el tino del primero para ganar á los hombres que menos simpatías debian tener por su persona y la decision y docilidad del segundo para acoger un proyecto que podia unir todos los corazones. Bravo, libre ya, vivia tranquilo en su casa, y era sin duda uno de los gefes que por acciones muy nobles, y particularmente por haber puesto en libertad á un número considerable de españoles el mismo dia en que supo que su padre habia sido ejecutado en la capital, merecia el respeto de todas las opiniones y de todos los partidos. Iturbide conoció la importancia de atraérselo y de darle en la campaña todo el influjo de que por tantos títulos era muy digno. Victoria, que permanecia oculto en la Provincia de Veracruz, y sin recursos de ninguna clase para continuar la guerra, habia desempeñado antes uno de los primeros papeles y era estimado generalmente por los largos sufrimientos á que se habia sujetado defendiendo la independencia. Desgraciados estos tres hombres, tenian sin embargo todo el carácter que se necesitaba para no adoptar ningun plan que no les pareciese conveniente, y para no someterse á otro gefe que no fuese tan capaz como el de las Tres garantías. A todos los conquistó este, y puestos á sus órdenes se presentaron unidos los insurgentes de ambas épocas, y cesó el peligro de la division que se temia tanto y parecia inevitable.

Aprovechando su influencia personal y el profundo conocimiento que tenia de los hombres, escribió al arzobispo Fonte, al obispo de Guadalajara Ruiz de Cabañas, al regente de la audiencia Bataller, á los generales Cruz y Negrete y á las demas autoridades del reino, comunicándoles su plan, y escitando en cada uno de ellos el sentimiento que mas debia dominar para

decidirlos por la independencia. A los prelados de la Iglesia era preciso inculcarles que el sistema político del gabinete de Madrid y de las Córtes, era cuando menos una escandalosa innovacion con la que no podian conformarse los que respetaban las doctrinas cristianas y las prerogativas y el fuero eclesiástico; que todo era contrario á nuestras costumbres, y que el plan de Iguala debia apoyarse por las primeras autoridades de la Iglesia, supuesto que antes que todo era necesario salvar el principio católico y no aceptar la responsabilidad que habia echado sobre sí el gobierno de la península. A Negrete con quien tuvo una correspondencia antes del grito de Iguala, lo habia inclinado y persuadido para que abrazase su plan, y lo consideraba como un hombre despreocupado, adicto al régimen liberal, y disgustado por otra parte de la conducta del gabinete español, que no queria conceder á las colonias de América lo que ofrecia tan ilimitadamente el mismo sistema que se habia adoptado. En aquella época en efecto, los españoles que se consideraban como mas ilustrados, no tenian embarazo en aceptar la soberanía del pueblo en toda su latitud, y ecsigir para todas las partes integrantes de la monarquía, lo que la opinion general reclamaba con tanta constancia y esfuerzo para la península. A Cruz y á Bataller era conveniente hablarles el lenguage de la necesidad, presentarles como un hecho inevitable la revolucion, sus consecuencias desastrosas si los españoles influentes la resistian, y un término pacífico y feliz si prevalecia un acuerdo general y el deseo de evitar el derramamiento de sangre.

La carta al conde del Venadito con que Iturbide acompañó su plan, llena de respeto y miramiento, debia producir en el

ánimo del virey una grande impresion, porque estaba penetrado de que la constitucion habia comprometido á un tiempo la religion, la fidelidad de las colonias y el porvenir de España. Iturbide con una oportunidad que cada dia se admira mas, habia propuesto, como se ha dicho antes, para la junta que debia gobernar interinamente, al mismo conde del Venadito para presidirla, al regente de la Audiencia para vice-presidente, y á otros tres españoles de los mas acreditados por sus relaciones y por el carácter que debian tener ante el público. Bataller podia considerarse como la segunda autoridad del reino, y el mayor enemigo de la independencia. Monteagudo hacia mucho tiempo que era el intérprete del alto clero, y que ejercia un predominio sin contradiccion en todos los asuntos de la Iglesia. El conde de la Cortina representaba al comercio y propietarios españoles, y no podia dudarse de su ciega fidelidad á Fernando VII; y Fagoaga, D. José María, perseguido como amigo de la insurreccion durante la primera guerra, y partidario celoso del régimen liberal, reunia en su persona la espresion de todas las novedades de la época, y ademas el crédito que le daba su posicion social, sus viages, su vasta instruccion y distinguidos talentos. Los mexicanos propuestos para la junta eran notables por alguna consideracion especial que los hacia dignos de la estimacion pública. Guridi y Alcocer era un sabio y un literato, y habia sido diputado á las Córtes de España. Lobo por los negocios comerciales que tenia á su cargo y por sus particulares relaciones con Veracruz, de donde era diputado provincial, podia y debia ser muy útil en la junta gubernativa. El oidor Yañez hacia un papel importante en el partido liberal, y Espinosa de los Monteros y Suarez Pereda, uno por sus

conocimientos y el otro por su probidad personal, sobresalian en el foro mexicano. Azcárate á algunas de las cualidades indicadas, reunia la de haber sido perseguido como defensor de los planes de Iturrigaray contra el partido español que depuso á este virey en 1808. Tagle, primer suplente, distinguidísimo por su talento y por una varonil y seductora elocuencia, llevaba la voz en el ayuntamiento, que bajo el régimen adoptado era el cuerpo mas importante y de mayor popularidad.

Iturbide al escribir á todas las personas á quienes se dirigió para que tomasen parte en su plan, y al proponer al virey la junta de gobierno que debia instalarse, no se podia equivocar ni sobre la repulsa que iba á tener su propuesta, ni sobre la influencia moral de su política hasta en los mismos que por un deber oficial y de fidelidad se propusiesen contrariarla. Apenas podia olvidarse la insurreccion, las circunstancias en que se hallaba la península eran deplorables, los principios de la época autorizaban todos los planes favorables á la libertad, y sobre todo era imposible que un gobierno que no estaba de acuerdo con el de Madrid en nada de lo que tenia relacion con las colonias españolas, pudiese tener el poder de salvar á la Nueva-España. Iturbide se penetró bien de esto, y para hacer mas embarazosa la posicion del virey y de las autoridades, les ofreció lo que no podian rehusar sin ser inconsecuentes con su conciencia, apoyando á un tiempo la necesidad de la revolucion en la opinion general y en los males que sobrevendrian si no se ponia un dique á las funestas doctrinas que habia adoptado la península. Es y será sensible que á esta correspondencia hubiese precedido la que tuvo con el virey, comunicándole que Guerrero y los gefes que le obedecian se habian puesto á las órdenes

del gobierno, quedando pacificado el Sur, porque por grande que hubiera sido su habilidad para mantenerlo tranquilo y precaverlo de cualquiera desconfianza, un engaño, principalmente tratándose de un hombre tan digno como Apodaca, no era disculpable.

La sensacion que causó el suceso de Iguala en el gobierno, en los españoles y en los mexicanos que ó no querian la independencia, ó creian que no era llegado el tiempo de proclamarla, fué profunda y provocó todas aquellas medidas que en semejantes casos se creen necesarias. La noticia de la salida de Iturbide de Iguala, se consideró en los primeros momentos como una señal segura de su desgracia, y suponiéndose que huia de las tropas reales hácia el Mescala, se anunció en una proclama del virey para satisfaccion de los habitantes del reino. El deseo general que favorecia la independencia hizo creer tambien á los mismos que por ella se declararon, que la empresa iba á retardarse, y que seria muy fácil que las cosas tomasen el curso ordinario y funesto de la campaña anterior. Pero pocos dias pasaron sin que se conociera que un hombre como Iturbide no podia esquivar un encuentro, ni dejar comprometido su honor militar, sin una combinacion que tuviese un resultado enteramente contrario al que se imaginaba. El desengaño fué tan pronto como agradable, y al conocerse cuál era el plan militar de Iturbide y la reaccion moral que se estendía rápidamente por el reino, se hizo la debida justicia al que se penetró bien de que un acto de valor, aunque sea heróico, no salva la responsabilidad del que compromete el écsito de una revolucion por haberse espuesto á perder la primera batalla.

El virey, que por su gobierno, su carácter y virtudes perso-

nales era acredor á circunstancias menos difíciles, empleó todos los recursos de que podia disponer, se puso de acuerdo con los gefes españoles de mas reputacion residentes en la capital y en las Provincias, tomó algunas medidas políticas y se resignó á todos los reveses de su mala fortuna. La debilidad de sus providencias no provenia de su moderacion, sino del cambio de sistema de gobierno y del espíritu de las nuevas instituciones proclamadas en la península y adoptadas en México. Ni la imprenta podia contenerse, ni atacarse las garantías, ni disponerse de la vida de los hombres como en los años anteriores. Verdad es que bajo el gobierno de los dos vireyes que precedieron á Apodaca, rigió el sistema constitucional; pero por entonces era tan poco conocido y tan poco observado, que no podia oponer trabas á una administracion despótica que se creia favorecida y apoyada contra las Córtes por la voluntad de Fernando VII. El restablecimiento de la constitucion en 1820 tenia ya otro carácter; y obligado el soberano que la habia destruido á obedecerla, no era posible que un virey en México se propasase, cualquiera que fuese la estension de sus facultades, á conculcar completamente el sistema, y á cargar con la responsabilidad de encender mas los ánimos con una conducta arbitraria. Todo conspiraba, pues, á ausiliar el espíritu público y dejar al gobierno en una posicion aislada y difícil en estremo de sostenerse.

Los españoles, que consideraban la independencia como un resultado natural de los desaciertos del gobierno de la península y de la variacion general de ideas, no podian sin embargo permitir que su patria perdiese la mas rica y acreditada de sus posesiones, y la que mas contribuia á la nombradía de la nacion española. Se quejaban de la conducta poco previsora del

gabinete de Madrid, de los principios proclamados por las Córtes, y tambien de la magnanimidad y templanza del virey. Penetrados de la necesidad de hacer el último esfuerzo para conjurar la revolucion, se prestaron en lo pronto á cualquier sacrificio, y ofrecieron al gobierno sus personas y caudales. Pero estos mismos esfuerzos hacian notar su debilidad, y el concepto que ellos y el gobierno tenian de la crísis en que se encontraba el reino, porque ni se atrevian á aconsejar las medidas sangrientas que se tomaron para sofocar la primera insurreccion, ni dejaban de conocer que no convenia declararse abiertamente contra un plan tan conciliador y humano como el de Iturbide. Y como observaban que muchos compatriotas suyos influentes é ilustrados, consideraban necesaria la independencia bajo las bases que se habian adoptado, para evitar que se realizara de una manera desastrosa, que algunos gefes suyos se habian unido con Iturbide, y que las clases principales apoyaban la revolucion, les faltó la conciencia de sus propias fuerzas, sin la cual no puede haber ni energia ni medidas salvadoras. Así quedó reducido el gobierno á cumplir con su deber y á no apartarse de aquella prudente política que la situacion del reino aconsejaba, para no provocar escesos que podian ser de consecuencias muy duraderas, y que el primer gefe precavia con una conducta que salvaba los intereses de todos.

Iturbide habia dirigido una esposicion al rey y otra á las Córtes, en las que fundaba la justicia del plan de Iguala, la necesidad de poner término á la incertidumbre en que se hallaba el pais, y la conducta poco acertada del virey y de las demas autoridades superiores que no habian querido ni aun contestar sus cartas. El tono de moderacion que se nota en estos documen-

tos, la sinceridad con que descubre el primer gefe su corazon en favor de los españoles, su respeto al rey y las Córtes, y el empeño de presentar como realizable y digna de apoyarse por todos la oferta de la corona imperial, los colocan al lado de aquellas piezas que mas sobresalen por la prevision con que estan estendidas, y por el perfecto conocimiento que suponen de los hombres y de las circunstancias.

Sus ideas y su lenguage se comprendian perfectamente por mexicanos y españoles: unos y otros los consideraban como el esfuerzo mas feliz y mas hábil para vencer todas las resistencias, y no dar el menor pretesto para que se estraviase la revolucion. Iturbide hablaba como convenia á todos, y equilibrando cuanto era posible en los partidos los bienes que podian esperar, sometia á la discusion pública su política profunda, sobre la cual si podian dividirse en lo pronto las opiniones, no habria mas que una pasados pocos dias, porque los mexicanos contemplaban en la asombrosa rapidez de la revolucion la mano que le daba impulso, y los españoles no podian dudar ni del cumplimiento de las ofertas que se habian hecho, ni de las especiales consideraciones con que eran tratados en los momentos mismos en que se encendian mas los ánimos por la causa que se habia proclamado.

Conmovidas las provincias y facilitados los medios de robustecer la revolucion, Iturbide concibió la idea de que tomasen parte en ella los principales gefes españoles y mexicanos que permanecian adictos al gobierno, ó por un principio de obediencia y subordinacion, ó por un sincero convencimiento. El pais, en su concepto, no podia ganar todo lo que deseaba, si no se precavian los inconvenientes de un gran número de descontentos, entre los cuales iban á encontrarse personas muy útiles, capaces

de servir á la nacion, y que evidentemente se retraerian si quedasen desairadas. La garantía de la union no podia ser tampoco eficaz, mientras no fuese un hecho en aquella campaña, y era necesario evitar á toda costa profundas y antiguas odiosidades. ¿Qué importa, decia Iturbide, que un gefe español ó mexicano que no se ha decidido por mi plan y se ha mantenido fiel al gobierno, venga mañana á alistarse en mi ejército, si es un hombre digno y capaz de servir á su patria? La campaña que he emprendido, no es precisamente para escitar la ambicion militar y graduar el mérito, segun el dia en que se hayan puesto los que han querido seguirme, bajo mis órdenes. Por recomendable que sea esta circunstancia, hay otra consideracion superior á la cual deben subordinarse todas las demas, y es la de presentar á la nacion tan unida y tan fuerte, como conviene en los momentos solemnes en que la observa el mundo conquistando su independencia. Yo respeto, añadia Iturbide, las opiniones de los hombres de honor, y no puedo hacer distincion entre españoles y mexicanos, cuando llamo á unos y otros y les ofrezco una misma patria: el que no quiera conformarse con estas ideas y se ofenda de que las proclame, no ha debido adherirse al plan de Iguala ni ha podido conocer su objeto y su espíritu. Lo que en circunstancias comunes seria estraño é injusto, hoy es una necesidad del pais, una demostracion de su carácter generoso y noble, y el vínculo mas firme de los verdaderos intereses de uno y otro hemisferio.

Semejante política no solo era acertada sino sublime, y dando un aspecto grandioso á la revolucion, las ambiciones miserables iban á confundirse y á desaparecer todos los obstáculos. No podia haber hombre, por obstinado que fuese en sostener al

gobierno, que no se penetrase de que ni su honor ni sus mas estrechas obligaciones y juramentos le impedian favorecer unas ideas que aseguraban todas las ventajas posibles, y colocaban en tan buena posicion á los españoles residentes en el reino. Estos son los efectos naturales de una concepcion profunda, y quizá por tal motivo se ha dicho que el poder mas formidable y el mas respetado se echa por tierra con uno de estos esfuerzos de la inteligencia humana. Los sucesos se han realizado, y la campaña de Iturbide tuvo un écsito, que si bien se aprecia ó se admira, no ha hecho conocer todavía el mérito del que lo preparó con tan admirable prevision y prudencia. A nadie sino á Iturbide pudo ocurrir llevar su política hasta un grado que parecia que la contrariaba, y solo á él fué dado desarrollarla sin los inconvenientes que habrian hecho desistir á cualquier otro de un sistema de conducta, que daba armas para presentarlo como injusto y opuesto á las inclinaciones del pais. No contar para nada, ni con la resistencia que se oponia á su plan, ni recompensar los primeros servicios con ofensa del mérito é importancia personal de otros hombres que aun sostenian al gobierno, es accion tan atrevida, pero al mismo tiempo tan gloriosa para el gefe de las Tres garantías, que ella sola bastaria para darle una fama inmortal.

Consecuente con sus ideas el primer gefe se rodeó de personas que representaban todas las opiniones y los intereses de los diferentes partidos que ecsistian en el pais: antiguos insurgentes, españoles, liberales y serviles. A todos consultaba para manifestar sus ideas conciliadoras; pero él solo dirigia las operaciones militares y la política de la revolucion que era el principal fundamento de un desenlace pacífico. Su correspondencia

ó directa ó por medio de sus comisionados en las provincias, con los principales personages del órden civil, militar y eclesiástico, era tan circunspecta, que á ella se debió ciertamente la uniformidad de sentimientos y la cordura con que se procedió aun en los lances mas dificiles. Nada precipitado, nada odioso ni obtenido por la violencia queria el primer gefe: la resistencia de los españoles y del gobierno le parecia escusable y fundada en la naturaleza de las cosas; y aunque el écsito no fuera dudoso, creia abreviarlo precisamente por los mismos medios que en concepto de otros lo retardaban. No se podian en crísis semejante dictar reglas para contener el entusiasmo general, ni este era tampoco su intento; pero sí juzgaba prudente darle una direccion suave y encenderlo mas con la moderacion de los hombres llamadas á sostener las Tres garantías.

El virey, la audiencia y las autoridades previeron desde el principio de la revolucion, que no contarian con mas tropas que las espedicionarias españolas, y perdidas sucesivamente Provincias enteras que se sustraian de la obediencia al gobierno, se persuadieron de que no era posible conseguir nada con encuentros parciales, y procuraron reunir los mejores cuerpos para librar en pocas acciones importantes y decisivas la causa que sostenian. La opinion se difundia como el rayo, y paralizaba cuantas providencias pudieran salvar al reino: la imprenta, sobre todo en Puebla donde se escribia con arrojo, proclamaba la justicia del levantamiento; y la próspera fortuna con que habia comenzado y continuaba la revolucion, ponian de su parte hasta á los hombres mas egoistas ó menos decididos.

Los españoles, que se obstinaban en contrariar los sucesos y que no reflecsionaban en el estado de la opinion, creian posible

todavía que el mal tuviese remedio, y aconsejaba cada uno segun su propio convencimiento, el plan que debia adoptarse. El virey con mejor criterio apreciaba el estado de las cosas, y ni faltó á su obligacion, ni tuvo tampoco la imprudencia de dar por su parte á la revolucion un carácter sangriento: juzgaba con rectitud, y jamas se le ocultó que Iturbide habia llenado todas las condiciones que se deseaban en el gefe de la revolucion, que habia mejorado todas las esperanzas, que habia escedido su política, y que poniendo de su parte ó haciendo neutrales cuando menos á sus enemigos mismos, no le era permitido conservar el reino con la felicidad que lo habia hecho en los años anteriores.

Nada impone mas que un pueblo dominado por un sentimiento generoso. Ni los españoles, ni los mismos mexicanos podian creer que generalizada la revolucion mantuviese un carácter tan indulgente y conciliador como lo deseaba el primer gefe; y parecia en efecto imposible que en todos los lugares del reino prevaleciese ese acuerdo y ese convencimiento en favor de una armonía que no tenia límites, y que reclamaba sacrificios de amor propio y acciones nobles y dignas. Pero por fortuna y honor del pais, correspondia este al llamamiento de su libertador. No solo no se perseguia á los españoles, ni se despreciaban sus personas, ni se atacaban sus intereses: se les veia como hermanos, como ciudadanos de la nacion donde iban á permanecer, como acreedores á las consideraciones mas distinguidas, y como objeto de especial recomendacion del que queria la independencia sin un solo borron que pudiera mancharla. Jamas se volvió á oir el grito de muerte contra ellos, ni se torció la política que llamaba á todos á participar de un triunfo que pertenecia á la sociedad entera.

IV.

La historia de esta campaña presentará al que la escriba la mejor oportunidad de consagrar su pluma al elogio de hechos honrosos, sin detenerse en aquellos, que por esactos que sean, afligen el ánimo y revelan los estravíos y escesos de las revoluciones. A mí no me toca ocuparme, porque no corresponde tampoco al carácter de este escrito, contraido á reflecsiones sobre sucesos conocidos, ni del plan que adoptó el primer gefe, ni de sus medidas militares durante la guerra: sin embargo, referiré brevemente lo mas notable, para que pueda formarse idea de la trasformacion violenta que tenia el teatro en que, pocos dias antes, parecia tan asegurada la dominacion española. Los que hayan presenciado los sucesos los recordarán con satisfaccion, y los demas se moverán á instruirse en ellos, analizarlos y meditarlos bien, ya que merecen la atencion de los que se interesan en la suerte de México.

El plan de independencia que se habia proclamado por solo Iturbide el 24 de Febrero, no se aceptaba ni juraba solemnemente en Iguala sino hasta el 1.° y 2 de Marzo. Debe notarse de paso la sagacidad de no convocar la junta de guerra para el juramento, sino despues de haberse comprometido Iturbide y circulado su plan, sobre el cual nunca permitió discusiones de